

Memoria de ciudad

Ruido, afán y desorden



Susana Moncada López

Resumen

El presente texto relata la relación estética de una joven mujer con Medellín y con su historia. Los primeros imaginarios de ciudad le provinieron de las mujeres de su familia, -su madre y sus tías-, quienes se habían forjado una idea confusa de una Medellín bulliciosa y de un centro inseguro.

Pese a que la sensible mujer corrobora los peligros propios de cualquier convivencia urbana, se van esbozando en su ser otras definiciones, las propias, de Medellín. Ahora ella protagoniza e interpreta. Ya no se trata de los relatos de sus mujeres, sino de la valoración y de la toma de postura ante ellos. La joven tiene algo propio que transmitir, como mujer urbana, historiadora de una polis. La dura Medellín, la del narcotráfico y la de los centros comerciales, la de la gente polifacética, se cuenta a través del delicado tamiz estético de la joven narradora, quien se forja un lugar entre la estética de las demás mujeres de su casa, lugar que demuda, como la llama heraclíteica, de la niña a la mujer, de la incauta a la periodista. Y así, en ese tránsito, también muda la Medellín historiada.

Palabras clave. Medellín, imaginarios, memoria, universidad, cultura paísa, espacio público.

Peligro, eso representó la ciudad desde mi niñez. Los primeros recuerdos de Medellín me llevan a la Oriental, por donde caminé muchas veces con mamá para ir a citas médicas en el edificio Comedal.

Sólo íbamos al centro para "hacer vueltas" que no se podían hacer en Sabaneta. Recuerdo que caminábamos rápidamente, casi corriendo. Mamá sudaba, fruncía el ceño, tomaba mi mano con fuerza y solo miraba hacia adelante como queriendo estar en el consultorio lo más pronto posible. Del consultorio sólo tengo ideas de colores ocres y personas tristes, aunque también recuerdo que el médico era amigable y siempre me regalaba dulces.

Terminada la consulta, volvíamos a la calle y regresaba el rostro angustiado de mamá, que parecía arrojada en medio de la selva. Atravesábamos La Playa, pasábamos por la Iglesia de San José hasta llegar al Parque de San Antonio donde estaba el paradero de buses de Sabaneta.

Iban y venían los carros, los transeúntes caminaban entre la multitud de vendedores ambulantes, sonaban los pitos de los carros y las motos, los murmullos, los gritos, los frenos de los buses...

En el bus regresaba la tranquilidad y aparecía una sensación de triunfo pues habíamos realizado las actividades esperadas y, por suerte, estábamos a salvo. En Sabaneta vivimos hace 22 años, allí conocemos a los vecinos por el nombre e, incluso, mamá le entrega a doña Mercedes, la señora que vive al frente, la copia de las llaves de nuestra casa. En muchas ocasiones esta ocurrencia nos salvó cuando salíamos a la calle y perdíamos las llaves por algún motivo o cuando simplemente salíamos olvidando llevarlas con nosotros.

El centro era ruido, afán y desorden. Esos fueron mis primeros imaginarios de Medellín, pues me acerqué a la ciudad desde la visión de mi madre, quien vivió gran parte de su vida en Yarumal y en Santa Rosa de Osos.

También escuché algunas historias que se tejían entre mis tías sobre atracos en el centro, sobre hombres depravados y ladrones que usaban escopolamina para hacer sus fechorías.

Pese a que las primeras impresiones son difíciles de olvidar, poco a poco fui conociendo otras caras de Medellín a través de los amigos del colegio. Aunque estudié en el Soleira (La Estrella) la mayoría de mis amigos vivía en Medellín.

A través de los amigas conocí a Belén, Laureles, El Poblado, Guayabal y empecé a armar el rompecabezas de la ciudad a partir de la amistad con compañeros de clase. Los pocos barrios que conozco, los conozco por amigos que viven en ellos.

Recordar mi niñez también es recordar una época particularmente difícil para Medellín pues Pablo Escobar, narcotraficante y líder del Cartel de Medellín, despedazaba la ciudad explotando carros bomba para sembrar el terror.

Aunque en 1993 Pablo Escobar fue muerto por el bloque de búsqueda conformado por la Policía Nacional, el Ejército y los cuerpos antidroga de Estados Unidos, aquí no acabó el tráfico de drogas para el país y la ciudad, pues tanto la guerrilla como los grupos paramilitares adoptaron esta actividad para su financiamiento.

La cultura del dinero "fácil" permeó en el imaginario colectivo. La imagen del antioqueño como el personaje astuto que consigue dinero rápidamente sin importarle los medios, continúa.

No solo hablo de barrios, calles, iglesias y personas para reconstruir mi versión de la ciudad, también ha-



blo de los imaginarios y la cultura, pues como lo dice Memo Ángel en *Tres veces Berlín*: "Una ciudad es una idea en la que entramos".

"Hay que salir adelante", "Estudie para que sea alguien en la vida". El éxito lo hemos asociado siempre con el dinero. La falta o la abundancia de dinero es lo que te pone por encima o por debajo de alguien y, en el peor de los casos, lo que te da existencia o te la quita.

Medellín por edades

La Medellín de la niñez no es la misma de la adolescencia. Cada edad te lleva a lugares distintos. Mis primeros acercamientos a la ciudad, como ya lo dije, empezaron desde las casas de mis amigos, y con algunos recorridos organizados por el colegio conocí el Planetario, el Parque Norte, el Jardín Botánico, el zoológico y el Museo de Antioquia. Seguramente visitamos más lugares pero no los recuerdo, el más impactante fue el Planetario donde sentí por primera vez esa extraña y a la vez fascinante sensación de ser diminuta en el universo.

La Medellín de mi niñez me llevó también a los centros comerciales, aunque solo recuerdo El Tesoro por la cantidad de juegos para los niños.

En 1995 la inauguración del Metro jugó un papel importante en la configuración de mi ciudad, pues a través de la línea que señalaba las estaciones pude conectar los lugares que antes percibía como piezas aisladas. Es curioso, pero estando en el colegio dibujé mapas de Europa, América, África, pero jamás dibujé un mapa de la ciudad en la que nació.

Aunque el Metro me permitió ubicar los espacios de norte a sur, cada lugar que conocía llegaba a mi mente como un espacio desconectado. Veía a Medellín como una isla de puntos sin líneas que los unen. Y es que los espacios se conectan cuando se caminan, cuando

vas de una calle a otra observando cómo cambian las construcciones, las dinámicas, la gente.

Desde niña vi a Medellín como una ciudad para "hacer vueltas". Partiendo de esa idea aprendí varias rutas de transporte que me dejaban en los sitios que necesitaba y así la ciudad se redujo a un pequeño mundo de lugares estratégicos en los que resolvía necesidades.

Medellín era como una tienda a la que entraba, pagaba por algo y después salía.

No concebía ir a la ciudad sin una ruta a seguir, sin un camino ya conocido. El miedo fue protagonista en la construcción mental de mi ciudad y digo mi ciudad porque hay tantas versiones de Medellín como personas que la habitan.

Aprendí a llegar a los lugares por su apariencia física y no por las direcciones. Los colores, los edificios, las tiendas, los centros comerciales y los árboles eran mis puntos de referencia.

Aunque no nací en un pueblo crecí con los temores de alguien que concibió a las ciudades como conglomerados de personas desconocidas, de calles sin nombres y parques sin historia.

Además, el miedo se afianzaba en los medios de comunicación donde abundaban las noticias de personas especializadas en dañar a otras. La ciudad implica relacionarse con el otro, ¿pero qué pasa si el otro es visto como un posible victimario?

El espacio público se convierte en un campo de guerra, un sitio transitado por muchos pero amado por pocos y, entonces, deja de ser ese sitio que le permite al ciudadano sentirse parte de algo, deja de ser ese lugar donde la palabra "yo" es reemplazada por el "nosotros".

La Medellín de mi juventud

Ir al mercado de San Alejo se convirtió en mi plan ideal los primeros sábados de cada mes. Recorría el Parque de Bolívar de toldo en toldo observando y comprando artesanías, plantas, lámparas, camisas y faldas. Participé como curiosa en los corrillos que se formaban alrededor de muñecas viejas y miedosas que bailaban y cantaban al darles cuerda, me gustaba sentarme en la bancas para mirar los niños que corrían tras las bombas de jabón.



En el Parque de Bolívar amé a Medellín. Reconocí la belleza en ancianos, niños, adultos, jóvenes, rockeros, punkeros, hippies. La variedad me pareció fascinante.

Con la juventud vino también la Medellín del rock. Así conocí la Villa y frecuenté el Parque de El Poblado. Las gradas de ambos lugares se llenaban de jóvenes y adultos vestidos de negro que tomaban vino barato envuelto en bolsas plásticas. Algunas veces escuché grupos de amigos sentados en el piso tocando guitarras y cantando.

Se sentía en el ambiente que debía cumplir unas características para estar ahí. La ropa, que se alejaba en extremo del negro, desentonaba. Se podían decir muchas tonterías, se podía estar en desacuerdo con muchas cosas pero un tema sobre el que existía cierta unanimidad era que el reggaetón y el pop eran una porquería.

Nunca me gustó pertenecer a una tribu urbana pues mis gustos eran variados y a los ojos de muchos, contradictorios. Amaba cantar todo tipo de géneros. Me gustaba el negro, pero también el rojo, el rosado, el amarillo. Me gustaba el rock pero también la salsa y el pop.

Es extraño lo que pasa dentro de las tribus: por un lado se tiene a un grupo de amigos con los que compartes afinidades y junto a los que creas un estilo de vida, pero por otro aparece una sensación de superioridad frente a otros grupos con gustos diferentes. Quizá por eso no hice parte de ninguna tribu, jamás me sentí con autoridad para decir quiénes estaban en lo correcto y quiénes no.

La universidad, el nacimiento de Medellín

Entrar a la primera clase fue ponerme otros lentes para mirar a la ciudad. ¿A qué sabe Medellín? ¿Cómo suena? ¿Cómo se ve? ¿Cómo se lee? ¿Cómo se sien-

te? El profesor de Introducción a la Comunicación nos planteó preguntas que me acompañarían desde ese momento.

Medellín se convirtió en un libro con historias que se dibujaban cotidianamente en los buses, en las calles, en los parques...

Atrapé a Medellín en crónicas y fotografías, en reportajes y en relatos cortos y empecé a descubrir el pasado de algunos lugares que antes parecían espacios lanzados al vacío.

Escribir sobre la ciudad se convirtió en una pasión. Finalmente lo que me proponía el periodismo era conectarme con el presente. No perder ningún detalle.

Aprendí a escuchar, a ver en el otro mi propia historia, nuestra historia. Y a medida que avanzaba la carrera de Comunicación Social creé un diario de ciudad en el que condensé historias que sólo pude ver gracias al reconocimiento de mi indiferencia en años anteriores.

La mayoría de los trabajos que realicé en la universidad me remitían a Medellín. En la clase de Comunicación para el Desarrollo fuimos al barrio Santo Domingo Savio ubicado en la comuna 1 y hablamos con los habitantes sobre el impacto que había causado la construcción del Metrocable y de la biblioteca España.

También conocí el barrio La Cruz y hablamos con un líder comunitario que nos recibió en su casa con tazas grandes de aguapanela caliente y quien nos habló sobre los proyectos que había realizado con la comunidad. Así entendí y conocí a las personas que llegaron desplazadas de sus pueblos debido a la violencia ocasionada por guerrilleros y paramilitares en las zonas rurales del país. En el caso del barrio La Cruz la mayoría de personas llegaron a la ciudad desplazadas del Urabá antioqueño.

Caminé por calles empinadas, estrechas y a medio hacer, las personas me miraban desde las puertas de las casas reconociéndome distinta. Vi casas pequeñas construidas al borde del abismo, techos metálicos con ladrillos encima impidiendo que el viento y la lluvia se los llevaran.

Los "barrios de invasión", así fueron llamados y los desplazados pasaron a ser también invasores. De víctimas a victimarios, esta fue la bienvenida que Medellín les dio.

La violencia en Colombia construyó mi ciudad, las montañas periféricas se fueron poblando de casitas construidas por los mismos habitantes. Sin conocimientos de arquitectura y sin planeación, pero con el deseo y la necesidad de tener un lugar en el mundo para poner el cuerpo y para estar con la familia.

Con el desplazamiento forzado se incrementó el desempleo en las principales ciudades del país y así los espacios públicos se llenaron de vendedores ambulantes.

Al entrar a la universidad ese caos que representaba la ciudad empezó a tener un orden, o mejor, una explicación, y ya no caminaba por el centro viendo a los otros como posibles enemigos, ya entendía que cada acción, cada palabra, cada miseria, tenían una historia, una razón de ser.

En el Parque Berrío me acerqué a los vendedores ambulantes e indagando sobre sus historias entendí que alrededor del trabajo informal se habían configurado estilos de vida donde el espacio público se convertía en el lugar donde estaban los amigos y los compañeros de trabajo que compartían problemas similares.

También supe que muchos de ellos llegaron al Parque por dinero pero que pocos se irían de él sólo con resolver sus problemas económicos. El periodismo me enseñó a escuchar, a observar, a ir más allá de lo evidente.

Poco a poco fui viendo las consecuencias de construir una ciudad donde la clase alta y la clase baja no se encuentran, no se conocen. Una distribución y una arquitectura que posibilitan la indiferencia.

Las personas que viven en el norte atraviesan la ciudad para trabajar como operarias u obreras en las construcciones y las clases medias y altas se quedan en el sur o en la zona central sin tener contacto con otras partes de la ciudad.

Así, lo que se sabe del norte es lo que sale en los periódicos y en los noticieros, por lo general, historias de bandas, de enfrentamientos y de niños con 13 años que ya son los jefes de los combos. Pocas historias he visto de las personas que, aún viviendo en los barrios más deprimidos de la ciudad, eligieron la solidaridad y no la indiferencia, el respeto en lugar de la violencia, la honestidad y el trabajo sobre la delincuencia como la única opción de vida.

Y entonces Medellín se vistió de miedo y se llenó la ciudad de unidades cerradas, urbanizaciones de casas y apartamentos. Las rejas separaron a los "no peligrosos" de los "peligrosos", ¿pero que puede ser más peligroso que la indiferencia?

La violencia sólo tocó mi puerta a través de las historias que nos contaba Adriana, una mujer bajita, delgada y de ojos verdes que viene desde San Javier para trabajar en la casa. Y ella, más que historias de balaceras, nos contó historias de vidas que se destruyen alrededor de las drogas y la ansiedad de poder. Supimos de niños que ven en la delincuencia su único futuro y en las armas la posibilidad de aumentar su jerarquía dentro de los combos. Combos que se crean bajo el único propósito de conseguir dinero, así como lo hacen ahora los guerrilleros y los paramilitares que se encubren bajo ideologías para sangrar al país con su egoísmo y con su equivocada idea de que el dinero lo es todo en la vida.

Entonces se trazaron sobre Medellín barreras invisibles, fronteras creadas por grupos compuestos por milicianos, guerrilleros y paramilitares que se repartieron la ciudad cobrando vacunas que "garantizan la seguridad" que el Estado no brinda. La exclusión tomó la cara más cruda de la violencia y la ciudad empezó a entender que la pobreza no era un problema de algunos sino de todos.

La violencia no es sólo una manera de actuar, es una manera de pensar, una forma de ver al otro. Hay violencia en el asesino, en el delincuente pero también en el corrupto y en el indiferente. En los que se preguntan día tras día qué van a sacar de la ciudad y no qué van a darle.

Medellín empezó a existir cuando me pregunté por la vida de los otros, cuando la injusticia me estremeció, cuando vi en los buses un punto de encuentro y no un lugar de paso. Medellín nació cuando me pregunté por las casas de los obreros que construían lujosos apartamentos en Sabaneta.

Y así día a día voy construyendo la ciudad, una ciudad de alegrías, esperanzas, miserias y contrastes, donde cada cosa que aprendo me hace ver algo nuevo. Caminando por la ciudad entendí el valor de lo cotidiano y vi en las microhistorias que nacen en cada rincón de Medellín una posibilidad de leer nuestra cultura y de interpretar nuestros problemas.

ANEXO

Los periodistas también deben ser buenos lectores de lo cotidiano, pues es en la cotidianidad donde logramos identificarnos con el otro, ver nuestro reflejo en alguien más. Sin identidad un país es sólo un concepto jurídico, un conglomerado de personas luchando por sí mismas. Mi relación consciente con Medellín surgió a partir de historias que fui agrupando en un diario de la ciudad. Por esto quiero compartir algunas de estas:

Tomates sobre el asfalto

Parada en la esquina de la Soma esperando el cambio de semáforo, observé a dos hombres que atravesaban la Oriental con una bolsa plástica, negra y pesada. En mitad de la calle la bolsa se rompió y salieron volando decenas de tomates que rodaron como canicas rojas sobre el pavimento.

Los hombres desesperados intentaban cogerlos, pero el semáforo cambió y los carros sin compasión pasaron sobre los tomates.

La gente gritaba, los hombres esquivaban los carros, los tomates explotaban.

Quise correr para ayudarlos, pero soy muy cobarde con los carros. Extrañamente volví a gritar emocionada ¡Ayuden a los muchachos! Otras señoras que esperaban junto a mí también gritaron conmigo.

El tiempo pasaba y los carros aceleraban y aún los hombres trataban de escabullirse en medio de los carros.

En esta ciudad vale más el tiempo que la gente.

No son buenos estos tiempos para hacer bromas en la calle

Caminando por la Oriental sentí el sol de la tarde sobre mi cabeza. Vi a muchas personas opacas, afanadas y sudorosas. Me sentí agotada.

Decidí mirar el pavimento para no chocar con la mirada de nadie.

Atravesé varias calles en silencio cuando de pronto vi un bulto a lo lejos sobre la acera. Fui acercándome poco a poco y descubrí que era un niño indigente es-

tirado en un lugar muy transitado. La gente se corría por instinto para no tropezarse. Lo esquivaban como si se trata de una piedra.

Me asombró la escena y el calor dejó de importarme.

No podía dejar de mirarlo. Al darme cuenta que estaba inmóvil me horroricé al pensar que podía estar muerto.

Aún no estaba muy cerca de él.

De pronto el cuerpo del niño dio un salto y se paró de golpe. Grité y salté... Sentí cómo mi corazón se aceleraba. Las demás personas no se dieron cuenta de lo ocurrido. Los que estaban esquivándolo en ese momento, se corrieron un poco para no tropezar y continuaron su camino sin ninguna alteración.

Después del salto, el niño se rió a las carcajadas y chocó su mano con la de otro niño que observaba la escena detrás de un poste. En realidad creo que no alcanzaron a verme, pero tal vez sí escucharon mi grito.

Al paso de unos segundos mi corazón volvió a su ritmo habitual. Sin embargo, esa tarde, no pude dejar de pensar en ese momento. Yo, que estaba aún lejos del niño, pude asustarme, los que estaban cerca de él ni se inmutaron.

No son buenos estos tiempos para hacer bromas en la calle. La gente camina anestesiada, la rutina les hace llegar a los lugares indicados sin tener que abrir los ojos.

Hemos perdido la vista.

Caminando por la Playa

Se desprenden olores a papas criollas y a churritos con azúcar al lado de la Soma. Cae la noche sobre Medellín y las luces de la ciudad se encienden para iluminar las pilas de cabecitas que caminan por La Playa y la Oriental.

Al lado de la casa de los Barrientos hay un pequeño puesto en el que se exhiben chicles, confites y paquetes de papitas.

Explota el comercio en cada rincón de la calle, vendedores ambulantes siguen mostrando sus productos, pasan rostros cansados por largas jornadas de

trabajo y otros maltratados por la vida, por el hambre... la miseria.

En El Palo con La Playa una mujer robusta lleva una carreta con una pirámide de brillantes mandarinas.

En medio de los pitos, los frenos de los carros y el murmullo de la gente, el viento hace bailar las hojas de los árboles que también tienen su música para regalarle a esta noche.

Continúa La Playa camino arriba con sus negocios. Se venden helados de maquinita con chocolate, chococrispis, maní y bolitas de colores, ensaladas de frutas, postres y pasteles, y afuera, sobre las calles, se tienden telas de colores donde reposan aretes, manillas, collares y anillos hechos por artesanos.

Con los años los sonidos cambiaron y ya no es la quebrada Santa Helena la que deja su música en el aire, ya no hay enredaderas ni niños bañándose en el río, ya no están las casas enormes de antes, sólo queda la de los Barrientos que, aunque no fue la más bella de su época, hoy se roba los elogios y el asombro de muchos que crecimos bajo estos tiempos donde las casas y los apartamentos son como cajitas de fósforos.

Su nombre "La Playa" fue lo único que quedó de aquella época cuando las familias adineradas crecieron jugando con el agua cristalina de la quebrada, con las plantas, las flores y los arbustos que nacían en la humedad.

Ahora la quebrada Santa Helena lleva su cauce silencioso bajo la calle pavimentada que sepultó su antigua vida de protagonista.

Tristezas en el Metro

Una niña morena, que aparenta 4 años, está sentada sobre las piernas de la mamá. La mujer está empeñada en hacerle un moño aunque el pelo de la niña es tan corto y tan crespo que no se presta a sus deseos. Sin embargo, esto parece no importarle a la mujer que le toma el cabello, lo estira como si fuera de caucho y lo recoge en una moña color rojo. La niña comienza a llorar y a gritar mientras me mira con las pestañas y mejillas mojadas. En ese momento la mamá se ofusca y le pega diciéndole:

-¡Cállate! ¿Es que no te da pena de la gente?

Medellín

Medellín tus buses suenan a vallenatos, a artistas callejeros que venden canciones por doscientos pesos o por nada, a vendedores ambulantes que sufren por dinero bajo tus cielos azules, a conversaciones cotidianas, sabiduría popular. Tus calles se llenan de humo y de colores, de personas que caminan como hormigas sobre tu cuerpo pavimentado. Se llenan las oficinas, las universidades, los hospitales... Tus días comienzan antes de que salga el sol.